

ARTÍCULO

LOS ALCANCES MITOLÓGICOS DE J.R.R. TOLKIEN

Paola Jauffred Gorostiza

Los alcances mitológicos de J.R.R. Tolkien

I. Del Mito a la Mitopoeia

“Esencialmente las mitologías son enormes poemas que entregan entendimientos profundos dando un sentido de maravilla, de milagro y de asombro por la vida. Un poeta que trabaja con un sistema mitológico tiene la ventaja de tener a la mano una estructura mayor de imágenes. Todo lo que escribe forma parte del gran mito.”, dice Joseph Campbell, quizá el mayor estudioso de mitología comparada durante el siglo XX.

Campbell había ido convenciéndose a través de sus estudios de la innegable veracidad de la tesis jungiana sobre los arquetipos; imágenes primarias que siempre son colectivas, comunes a todos los pueblos o periodos de la historia, depósitos de memoria derivados de una condensación de innumerables experiencias similares.

El mito, de acuerdo a Campbell, la orquestación de estos arquetipos en un léxico iconográfico, no sólo dicta pautas de comportamiento social, como suele pensarse. Una de sus principales funciones es la de revelar realidades interiores. Las necesidades y anhelos inconscientes de una comunidad. *“El sueño es el mito personalizado, el mito es el sueño despersonalizado; tanto el mito como el sueño son simbólicos del mismo modo general que la dinámica de la psique. Pero en el sueño las formas son distorsionadas por las dificultades peculiares al que sueña, mientras que en el mito los problemas y las soluciones mostrados son directamente válidos para toda la humanidad.”*

Las diversas mitologías comenzaron a existir desde que el hombre fue hombre. Las pinturas rupestres, valga como ejemplo el Hechicero de Trois Freres bellamente plasmado en tiempos del paleolítico, ya hablaban de un orden de creencias y de una noción de lo trascendente. El místico, el chamán, el profeta era el receptáculo de la visión reveladora pero recaía en los hombros del artista el lograr una representación material accesible a todos de aquella verdad ultraterrena. Así las esculturas griegas, los alto relieves celtas, el gigantesco corpus del arte hinduista, las pinturas budistas, en fin, el material que colma los diversos museos de antropología en todo el mundo, encarnan la fusión del arte y la mitología.

La literatura, naturalmente, no estaba exenta de esta labor pedagógica. Se calcula que El Enuma Elish o Poema de la Creación Babilónico, escrito en caracteres cuneiformes, fue realizado entre el 669 y el 627 a.C. La Teogonía de Hesíodo, sólo por citar otro ejemplo, fue escrita también

durante el siglo VII a.C. Pero si bien las artes inicialmente se habían abocado sólo a los temas mitológicos, con el paso del tiempo el creador comenzó a independizarse del místico y a llevar a cabo la realización de sus propias visiones.

Con todo, los temas mitológicos nunca quedaron excluidos del repertorio empleado por el artista. Los arquetipos aunque trasfigurados, recreados, modernizados, siguieron apareciendo en diversas obras. Grupos como el de los pintores simbolistas o el de los Prerrafaelitas se dedicaron a tomar aquellos mitos y leyendas arcaicos, otorgándoles un nuevo sentido y una lectura personal.

Una de las máximas obras de la literatura, El Ulises de James Joyce, empleó cada uno de los elementos utilizados por el poeta Homero en su célebre Odisea, dotándolos de un sentido moderno, cercano al lector.

Muy ajenos al planteamiento de Joyce surgieron autores que se propusieron no recrear una mitología ya existente, sino idear nuevas mitologías. J.R.R. Tolkien bautizó al género con el elegante término de Mitopoeia (del griego μυθοποιία, μυθοποίησις, hacer mitos). Autores como George MacDonald, Lord Dunsany, Mervyn Peake, C.S Lewis y H.P. Lovecraft habrían de incursionar en esta nueva rama de la literatura fantástica. Y por supuesto el mismo Tolkien.

Cabe preguntarse si realmente lograron hacer mitos y, refiriéndose específicamente a Tolkien, si consiguió estructurar una mitología que pudiese funcionar como un sueño colectivo.

II. El habla que crea al hablante

“ ¡No os riáis! Pero en un tiempo (hace mucho que he perdido la cuenta) tuve la idea de crear un cuerpo de leyendas más o menos conexas, desde las más grandes, cosmogónicas, hasta el nivel de los cuentos románticos de hadas –las mayores apoyadas en las menores, en su contacto con el suelo, y las menores extrayendo el esplendor de las vastas telas de fondo-, que pudiera dedicar sencillamente a Inglaterra, a mi país...Yo había de representar por entero algunas de las historias mayores, y dejar muchas apenas situadas en el plan y esbozadas. Los ciclos deberían estar vinculados en un todo majestuoso, y sin embargo dejar lugar para otras manos y mentes que aportaran música, drama y pintura. Absurdo.”, había escrito Tolkien tras realizar un análisis del Kalevala y añorando que Inglaterra, como la gran mayoría de los países, tuviese una mitología propia.

La mitología celta no era considerada como inglesa y el texto literario más antiguo de la isla británica, Beowulf, tenía como escenario tierras escandinavas y actores también escandinavos.

Tolkien, que desde sus tempranas épocas de bachiller había mostrado un marcado interés por las mitologías de Europa septentrional, siendo ya un académico de Oxford (filólogo y medievalista), resultaba cada vez más estimulado por sus cotidianas lecturas de textos antiguos; no sólo no había logrado acallar aquel deseo juvenil, sino que lo había exacerbado.

Su vocación por la escritura se había manifestado tempranamente, pero aún mayor que ésta era su fascinación por las lenguas. Gótico, latín, griego, anglosajón, gaélico, francés, alemán, español y un poco de finlandés, aderezaban su espectacular currículum. Sus primeros intentos de escritura habían surgido de la experimentación con los lenguajes. El misterioso artefacto de la palabra había sido dominado por el joven Tolkien, quien empleando auténticas leyes gramaticales jugaba a fabricar nuevos idiomas, tan complejos y congruentes como los reales.

Fue a partir de esas lenguas inventadas que Tolkien comenzó a trazar los bosquejos de sus personajes y tierras fantásticas. Un lenguaje contiene la idiosincrasia y mitología de un pueblo, sostenía el académico. Y así, sobre el papel, el habla daba lugar a sus hablantes.

Apoyado por su amigo C.S. Lewis, Ronald, como le llamaban sus conocidos, inició la escritura de El libro de los cuentos perdidos, texto que funcionaría como antecedente del Silmarillion, la gran meta de su vida.

Si bien El Hobbit se había constituido como el inicio oficial de su carrera de escritor y como su primer éxito literario, las aventuras de Bilbo Bolsón habían sido escritas como un divertimento para sus hijos y distaban del verdadero objetivo del autor. Los favorables resultados traídos por la historia, sin embargo, hicieron que Allen & Unwin, la casa editora, le comisionara un segundo libro sobre hobbits.

Aquel segundo libro de hobbits, del que se esperaban aventuras de tono ligero, aptas para lectores infantiles, torció el rumbo para convertirse en la épica de El Señor de los Anillos, cuyo tono se hacía más grave capítulo tras capítulo. Quedaba claro que los niños no podrían leer aquello. Pero si la casa editorial consideró que El Señor de los Anillos se encaminaba hacia el fracaso, Tolkien vio en él la oportunidad de aterrizar aquella mitología previamente soñada. Los personajes de El Señor de los Anillos serían los habitantes de una tierra originada en el mito de su creación, los conflictos a los que deberían enfrentarse serían aquellos gestados largo tiempo atrás, la cultura de sus diversos pueblos sería el resultado de una historia que aunque bien tramada en la mente de Tolkien aún no había sido escrita en su totalidad. El Señor de los Anillos sería uno de esos "ciclos vinculados a un todo majestuoso" y extraería el esplendor de "las vastas telas de fondo". Más aún, sería la continuación de El Hobbit, que también pasaría a ser parte de esas historias

emanadas de un marco mayor.

El éxito apabullante de El Señor de los Anillos y la popularidad que atrajo sobre el autor pudo causar diversos cambios y estragos en su vida, pero la meta original, la de lograr una mitología, permaneció intacta. Tolkien continuó con la labor de construcción que había iniciado tantos años antes.

El inmenso corpus de textos que había comenzado a dibujarse mucho antes de que El Hobbit fuera siquiera imaginado continuó elaborándose y multiplicándose a tal punto que el autor requirió de la ayuda de uno de sus hijos, Christopher, para ordenar y clasificar las historias que constituirían El Silmarillion.

Su excesivo perfeccionismo, siempre señalado por C. S. Lewis, no le permitía considerar que el libro estaba terminado y listo para su publicación. Si bien la estructura general estaba completa y las historias principales ya eran inmejorables, Tolkien no podía parar de corregir los detalles y más detalles que iban saltando a su vista en cada una de las revisiones.

El 2 de septiembre de 1973, a los 81 años de edad, J.R.R. Tolkien murió sin haber visto la publicación de su obra más anhelada. Fue Christopher quien se ocupó de llevar El Silmarillion a las imprentas en 1977.

Pero a pesar de todos los esfuerzos del autor aquel no resultó ser su mejor libro; carecía de unidad de tono y de unidad de estilo, la cantidad de personajes y la complejidad de sus nombres causaban confusión, “...es la más densa, difícil y, para el lector común y corriente, la menos atractiva de sus obras.”, dice Katharyn F. Crabbe en su análisis sobre la obra de Tolkien. Pero aún así en el todo y bajo la óptica de una búsqueda mitológica, El Silmarillion resulta ser la piedra angular.

Estructurado como un tríptico religioso, en su primer tablón Tolkien mostraba el origen de los dioses o Ainur, emanados de una deidad mayor. Y así como las Eddas o el libro del Génesis revelan el origen y conformación de la Tierra, la primera parte de El Silmarillion, el “Ainulindalë”, descubría el origen y conformación de “Arda”, la Tierra. Su cosmogonía, como cualquier otra cosmogonía, narra el surgimiento de la vida y en especial la aparición de los elfos, la primera raza.

Allí, en esa muy temprana etapa, era donde surgía el antagonista, como en el jardín del Edén aparece la serpiente, o en las Eddas aparecen los gigantes, o en la mitología griega los Titanes. Las acciones de este antagonista, Morgoth, generarían una cadena de eventos que en última instancia desatarían la Guerra del anillo.

En la segunda parte de El Silmarillion, el “Quenta Silmarillion”, a través de diversas historias, muchas de ellas de una gran belleza, se narra el periplo del pueblo élfico. Era así como el mito revelaba el por qué de la llegada de los elfos a la Tierra Media (un continente de Arda) y el por qué de su ideología, de sus costumbres y del uso de sus diferentes lenguas. Pero el “Quenta Silmarillion”, la parte más extensa del libro, también narra el surgimiento de la raza de los hombres y de cómo habían sido instruidos por los elfos. Como en la Biblia, historia y mito se entrelazaban.

La tercera parte, el “Akallabêth”, estaba dedicado específicamente a la historia de los hombres y era mediante este último retablo que se podía comprender cabalmente a la Tierra Media, el origen de sus reinos y el complejo estado de las cosas en el que se había presentado el escenario propicio para la épica del anillo.

Comparable al Antiguo Testamento, o a la Teogonía, o al Popol Vuh, El Silmarillion explicaba los fenómenos naturales, metafísicos y sociales que habían dado lugar al submundo de su creación.

Tanto la estructura como los arquetipos de cualquier mitología (muchos de ellos tomados de mitos reales) estaban dados. ¿Sería aquello suficiente como para considerar a su obra una mitología?

III. Del sueño personal al sueño colectivo

Joseph Campbell en su largo diálogo con Bill Moyers explica que toda mitología cumple con cuatro funciones.

La primera es la función mística: *“El mito abre el mundo a la dimensión del misterio, a la comprensión del misterio que subyace en todas las formas. Si pierdes eso, ya no tienes una mitología. Si el misterio se manifiesta en todas las cosas el universo se transforma como lo era antes, en una imagen sagrada.”*

La segunda función es la dimensión cosmológica, la que muestra la forma del universo de manera que el misterio se haga patente. Hoy en día esta función es ocupada por la ciencia.

La tercera función es la sociológica: *“Fundamentar y validar cierto orden social.”*, y la cuarta es la función pedagógica: *“...la enseñanza de cómo vivir una vida humana bajo cualquier circunstancia.”* Los mitos, explica Campbell, enseñan cómo enfrentar los diversos pasajes de la vida. El paso de la infancia a la madurez, el de soltería a la vida en pareja, el de la madurez a la vejez. *“Cuando*

una historia está en tu mente puedes ver su aplicación a algo que ocurre en tu propia vida. Te da una perspectiva sobre lo que te está pasando.”

Décadas antes de aquella entrevista, en 1939, Tolkien había preparado un discurso para una presentación en la Universidad de St. Andrews, Escocia. En aquel discurso titulado Sobre el cuento de hadas el autor estipulaba las características que debería tener lo fantástico, que entre otros eran:

- 1.- Un elemento místico en relación a lo sobre natural.
- 2.- Un elemento mágico en relación a la naturaleza.
- 3.- Un elemento especular en el que el hombre se vea a sí mismo.

La función mística referida por Campbell (hablando de mitología) y el elemento místico referido por Tolkien (hablando de lo fantástico) resultan equivalentes. Si bien en términos mitológicos Campbell se refiere a la experiencia del misterio sagrado, en términos literarios Tolkien conseguía provocarla. Tómese como ejemplo el canto de los elfos a su protectora Elbereth, la Valar de las estrellas.

“A Elbereth Gilthoniel

Oh reina-estrella, la que enciende las estrellas

Silivren penna míriel

brillo blanco derramándose, destellando como joyas

o menel aglar elenath!

desde la gloria del firmamento de la anfitriona de las estrellas!

Na-chaered palan-diriel

Hasta remota distancia después de haberte contemplado

o galadhremmin ennorath

desde la Tierra Media tejida de árboles

Fanuilos le linnathon

Blanca nieve, a ti cantaré

Nef aear, si nef aearon!

desde este lado del océano, aquí en este lado del gran océano!”

La admiración por la belleza de las estrellas, una constante en el pueblo élfico, difícilmente puede ser disociada de la apreciación del misterio y es además una experiencia común a todo ser humano. Aunado a esto no son pocos los que encuentran una equivalencia entre Elbereth y la Virgen María.

En cuanto a la segunda función, la cosmológica, podría resultar comparable al elemento mágico en relación a la naturaleza del que habla Tolkien. Pero aún si no lo fuera, Tolkien cumple con aquella función al narrar el surgimiento de Arda:

“Entonces las voces de los Ainur, como de arpas y laúdes, pífinos y trompetas, violas y órganos, y como de coros incontables que cantan con palabras, empezaron a convertir el tema de Ilúvatar en una gran música; y un sonido se elevó de innumerables melodías alternadas, entretejidas en una armonía que iba más allá del oído hasta las profundidades y las alturas, rebosando los espacios de la morada de Ilúvatar; y al fin la música y el eco de la música desbordaron volcándose en el Vacío, y ya no hubo vacío...y los Ainur vieron un nuevo mundo hecho visible para ellos, y era un globo en el Vacío, y en él se sostenía, aunque no pertenecía al Vacío. Y mientras lo miraban y se admiraban, este mundo empezó a desplegar su historia y les pareció que vivía y crecía.”

La tercera función mitológica, fundamentar y validar un sistema social, también se ve lograda hacia el interior de la obra de Tolkien. Los elfos, la más alta raza, mandan sobre los hombres, y mandan sobre los hombres porque son ellos y no los hombres quienes han estado en contacto con la divinidad. Pero en su ausencia son aquellos hombres que tuvieron el mayor contacto con los elfos, los Numenoreanos, quienes mandan sobre los otros hombres. La moral y lo virtuoso es también dictado por la raza élfica: las artes, la belleza, el conocimiento, la honra por la naturaleza. Lo contrario, lo inmoral, es lo que se aleja de los Valar y se acerca al Señor Oscuro. Los orcos son la encarnación de este vacío de virtud que se manifiesta en su falta de compasión, su poco o ningún aprecio por lo bello, su ignorancia, su desprecio por la vida y por la naturaleza.

La última función señalada por Campbell, la función pedagógica se asemeja al elemento especular del que Tolkien habla. Es a través del propio reflejo devuelto por la mitología o la literatura que se consigue aquella perspectiva sobre la propia vida a la que apunta Campbell. Y esta última función, experimentada por los personajes (piénsese en Aragorn comparando su amor por Arwen con el legendario amor de Beren por Lúthien) llegó también a ser experimentada por el propio autor de la mitología.

Cierto que en su discurso Sobre el cuento de hadas había hablado acerca de la necesidad de tomarse un respiro de la realidad mediante la literatura fantástica, (*“¿Por qué habría de despreciarse a un hombre si hallándose en prisión, trata de escapar e ir a casa? ¿O, de no poderlo hacer, porque piense en y hable de temas que no sean sus carceleros y los muros de la prisión?”*), y cierto también que rechazaba cualquier interpretación que equiparara el mundo de la Tierra Media con el mundo real, pero el hecho es que él mismo lo hacía:

“Esta hermosa casa mecida y torturada por los ruidos, inundada por los gases, no permite ahora ni el sueño ni el trabajo. Así es la vida moderna. Mordor en nuestro medio.” Escribió acerca de un

edificio muy lujoso al que él y su esposa se habían mudado.

“Venecia me ha parecido increíble, élficamente hermosa, como un sueño de la antigua Gondor, o de Pelargir, la de las naves Numenoreanas, antes del regreso de la Sombra.” Escribió sobre el viaje que realizó en compañía de su hija.

“Estamos tratando de conquistar a Sauron con el Anillo”, Escribió en una carta a su hijo Christopher refiriéndose a la Segunda Guerra Mundial.

La mitología de su creación había surtido en él el efecto de una mitología real. Tal efecto no se limitaba al autor; su hijo Christopher en las cartas a su padre, empleaba también el mismo juego de metáforas. Tolkien desde luego no había dejado de ser un ferviente católico y no había perdido el juicio como para creer que la Tierra Media existía de facto. Pero su propio léxico de imágenes era a tal punto funcional que resultaba imposible no utilizarlo.

Lo mismo llega a suceder con sus lectores más fieles: Mordor, los orcos, los elfos, adquieren para el lector aficionado a Tolkien la sólida y proteica consistencia de los símbolos.

Si bien Tolkien había tratado sobre experiencias íntimamente humanas como el dolor, el miedo, la desesperanza, la alegría y la difícil tarea de madurar, había logrado también (de forma no conciente) evocar una serie de temas que aún resultan actuales; la devastación de la naturaleza, la desesperada búsqueda de poder y posesiones y los peligros de la deshumanización.

En una tierra imposible poblada por criaturas improbables, empleando símbolos pertenecientes a un pasado arcaico, Tolkien había conseguido tejer el sueño de una colectividad. Parafraseando a Katharyn F. Crabbe, había logrado escribir menos de lo que es real que de lo que es verdadero.

BIBLIOGRAFÍA

- El héroe de las mil caras, Campbell Joseph, ed. Fondo de Cultura Económica
Las máscaras de Dios, mitología primitiva, Campbell Joseph, ed. Alianza Editorial
El poder del mito, Campbell Joseph y Moyers Bill, ed. EMECE
An Open Life, Campbell Joseph y Toms Michael, ed Harper & Row, New York
The Languages of Tolkien's Middle-earth, Noel Ruth S., ed Houghton Mifflin Company
J.R.R. TOLKIEN, Crabbe Katharyn F., ed. Fondo de cultura económica
J.R.R. TOLKIEN UNA BIOGRAFIA, Carpenter Humphrey, ed. Minotauro
El Señor de los Anillos, J.R.R. Tolkien, ed. Minotauro
El Silmarillion, J.R.R. Tolkien ed. Minotauro
El Hobbit, J.R.R. Tolkien ed. Minotauro

Sobre el cuento de hadas, J.R.R. Tolkien

An Open Life, Campbell Joseph y Toms Michael, cap I pag. 22

El héroe de las mil caras, Campbell Joseph, cap. I pag 25

J.R. R. TOLKIEN UNA BIOGRAFIA, Carpenter Humphrey, cap III pag 62

J.R.R. TOLKIEN, Crabbe Katharyn F., cap IV, pag 145

El poder del mito, Campbell Joseph, cap I pag 65

Ibíd.

Ibíd.

Ibíd.

El Señor de los Anillos, Libro segundo, Tolkien J.R.R. , cap I pag 337

El Silmarillion, La música de los Ainur, Tolkien J.R.R. cap I pag 15

Sobre el cuento de hadas, Tolkien J.R.R. pag 46

J.R.R. Tolkien una biografía, Carpenter Humphrey, cap VI, pag 137

Ibíd., pag. 136

Ibíd.